

El Periódico ilustrado.



Año II.—Numero 44.

DEL 18 AL 25 DE FEBRERO DE 1866.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . . Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias. Un año 28 » —Seis meses 14 »	
Ultramar. . Un año 80 » —Seis meses 50 »	

SUMARIO.—*Les Albaes, costumbres valencianas.*—Revista de la semana, por Palacio.—*El pintor Goya*, por Belza.—*La abnegacion*, por S. M. Lopez.—*Cantares*, por F. C. del R. Pica.—*Marina*, por C. C. y Rodriguez.—*Historia de un mono*, por E. F. Iturralde.—*Un episodio del diluvio*.—*La flor de mi esperanza*, por E. G. Ladevese.

LÁMINAS: Costumbres valencianas.—El baile de máscaras en la Grande Opera de Paris.—Un episodio del diluvio.

LES ALBAES.

Costumbres valencianas.

Una de las provincias de España que más conservan sus costumbres primitivas, y que guardan con más respeto las tradiciones de sus abuelos, es sin duda alguna la de Valencia. Desde sus célebres romerías hasta sus extrañas y pintorescas procesiones; desde

sus fiestas de calle hasta su Tribunal de aguas, todo allí tiene un carácter tan original que no puede menos de encantar al viajero y al artista.

Nuestro grabado de la primera plana, debido a nuestro dibujante el Sr. Miranda, y grabado por Ricord, representa una escena de costumbres de aquel país, muy comun en los pueblos de la ribera, sobre todo cuando se celebran las fiestas mayores.

Los jóvenes del pueblo salen á la calle al amanecer con la música provincial, que se reduce á la dulzaina y el tamboril, llevando además dos cantores, de los cuales uno dice los dos primeros versos improvisados de una copla, y el otro la concluye variando la tesitura para que el canto resulte á dos voces.

Despues de cantar, los jóvenes disparan sus retacos bajo las rejas de sus novias, que agradecen sobrema-



COSTUMBRES DE VALENCIA.—LES ALBAES.

nera estas serenatas. Escusado es decir que el alcalde y la ronda de vecinos honrados suelen acompañar á los *Albaes*, que más de una vez han concluido como el rosario de la Aurora.

REVISTA DE LA SEMANA.

¡*El Carnaval!* Hé aquí el símbolo de la semana que acaba de espirar, dejándonos todavía en el oído el eco de sus carcajadas, y en la frente el rastro de ceniza que nos recuerda á cada paso nuestro origen y nuestro destino.

No parecía que después de las calamidades pasadas, y de los disgustos presentes, tuviera el pueblo de Madrid gana de divertirse; pero afortunadamente no ha sido así, y á pesar de lo variable del tiempo, las máscaras han sido bulliciosas y alegres en extremo, sobre todo en el paseo del Prado, que nada tiene que envidiar en tales días, al Corso de Roma.

Muchos y elegantes disfraces, lucidas y airosas calbaltas, han cautivado la atención pública en las tardes del lunes y martes, sobre todo, sin que hayan faltado las intencionadas caricaturas políticas, ni las cómicas alegorías de la gente baja.

Los bailes han sido también animados y brillantes, en particular los del teatro Real, que es el que ofrece más comodidad y holgura para esta clase de funciones, por más que diste mucho aún de la Grande Opera de París, á lo cual contribuye sin duda el carácter y la seriedad de nuestros compatriotas.

Efectivamente, tratándose de alegría y de locura, no hay nada parecido á los bailes de la Grande Opera de París. Los grabados que hoy publicamos en este número, aunque llenos de exactitud, sólo pueden dar una idea imperfecta de tanto bullicio y de animación tanta; es preciso verlo para comprender hasta qué punto puede llevar la embriaguez del baile, de la cual parecen poseídos nuestros vecinos.

En España, por regla general, lo que menos se hace en un baile de máscaras es bailar; en Francia sucede lo contrario; y el espectáculo de mil ó dos mil parejas dominadas por una excitación febril, y ejecutando los bailes característicos de aquel país, tan llenos de movimiento y de gracia, es una cosa que involuntariamente trae á la memoria *El Infierno* del Dante, y los *Viajes del Capitan Kock*.

De cualquier modo que sea, aún sin necesidad de tales elementos, la buena sociedad de Madrid acude gozosa á los bailes del Teatro Real, y las noches pasan agradablemente en aquel recinto, dentro del cual se baila menos, pero se ama mucho más que en ninguna otra parte.

Con motivo de las últimas fiestas, los coliseos de Madrid han estado más concurridos que de costumbre, sobre todo el de Variedades, donde el drama titulado *Doña Leonor Pimentel*, ha alcanzado, como era de esperar, un éxito ruidoso. El drama, en efecto, está magistralmente escrito, y tiene rasgos y detalles de primer orden, por más que desde el tercer acto en adelante el interés escénico decaiga, contra lo que el público apetece. De todos modos, el Sr. Valcarcel ha demostrado en él que es un inspirado poeta, y que no le faltan alientos para llegar á ser un notable autor dramático.

Una pieza se ha estrenado también en dicho coliseo, original de D. Pelayo Castillo, y que se titula *Los treinta mil del pico*. Aunque no la hemos visto todavía, nos consta que ha agradado á la concurrencia, y que tiene lo primero que deben tener las obras de esta índole; gracia é intención. Nos alegramos sobremanera de este triunfo del Sr. Castillo, que habiendo empezado hace ya algunos años con felices auspicios su carrera literaria, cayó desde entonces en el abandono más completo, sin que sus trabajos posteriores le hayan proporcionado hasta el presente gloria ninguna, por más que fueran aplaudidos más de una vez.

El Príncipe continúa poniendo en escena su repertorio, mientras prepara la tragedia de Vega, cuya representación hará época, sin duda alguna, en los fastos teatrales.

Entre otras cosas, hemos oído decir, que concluida la tragedia se verificará la coronación de un busto del autor, hecho por los principales autores, leyéndose después composiciones de nuestros primeros poetas, alusivas á tan solemne acto. Creemos muy justo este tributo rendido á la memoria del autor de *Julio César*,

y nos asociamos desde ahora á cualquier manifestación de este género, tanto por admiración al vate, como por cariño al amigo, cuya pérdida lloramos aun.

Ya ha publicado la Zarzuela el anuncio de su nueva empresa, que actuará probablemente la semana próxima. Su objeto, según dice, es consagrarse en especial al género cómico, y entretener agradablemente al público. No dudamos que lo consiga, contando, como cuenta, con actores como Calañazor, Arderius, Oron y otros de la misma cuerda, y actrices tan simpáticas y discretas como la Rivas, Lola Fernandez, la Bardan y la Montañés.

Les deseamos muchas obras nuevas, muchas onzas viejas, y mucho público, sea cual fuere su edad.

Ya es un hecho que el Sr. Rovira, empresario del teatro del Liceo de Barcelona, ha firmado su contrato de arriendo con los dueños de los Campos Eliseos de Madrid. Los que conocemos al Sr. Rovira, no dudamos que no perdonará medio alguno para conseguir que aquel ameno sitio sea el centro de reunión del público de Madrid en la próxima temporada de verano. Sabemos que están ya muy adelantados los trabajos de organización de una gran compañía de ópera; que cuenta para dirigir la orquesta con un acreditado maestro italiano; que los conciertos vocales é instrumentales serán tan variados como entretenidos, y que la sección de juegos no dejará nada que desear. Esperamos, por lo tanto, con ansia que el calor empiece á hacer de las suyas, para darle el disgusto de que, lejos de incomodarnos, nos ofrezca distracciones nuevas.

La literatura no da señales de vida; debemos, sin embargo, hacer mención de un librito que ha visto últimamente la luz y que merece leerse, tanto por el asunto que es muy de actualidad, como por la corrección con que está escrito; titúlase *La Pasión de Jesús*, y su autor es el conocido literato D. Faustino Jouve. Próximamente se publicarán también las dos novelas premiadas hace poco por la Academia, y de las cuales hemos oído hacer grandes elogios. Hasta entonces, seguiremos leyendo los periódicos, que, entre paréntesis, no tienen mucho que leer.

M. del Palacio.

GALERÍA DE HOMBRES CÉLEBRES.

EL PINTOR GOYA.

Hace muy pocas semanas, según nos anuncia una correspondencia de París, han sido comprados en San Petersburgo, y en una cantidad crecidísima, dos *caprichos* de nuestro inmortal Goya. No es la primera vez que Rusia, rindiendo culto al mérito, ha adquirido muchas de las mejores obras de este autor á precios fabulosos, enriqueciendo con ellas muchos de sus magníficos museos.

Vamos á dar algunos detalles de la vida de aquel célebre artista, que por el interés que encierran, creemos que serán del agrado de nuestros lectores.

Francisco de Goya y Lucientes nació en Fuentedotos en 1746, y murió en un destierro voluntario, en Burdeos, en 1828. Su padre era dorador y el pintor de la Florida tiene su leyenda ni más ni menos que el Giotto. El discípulo de Cimabue dibujaba los corderos que pastaban en la colina de Vespignano; Goya dibujaba un cerdo con un pedazo de cartón á orillas del río Huerba, cuando un monge que le estaba observando se aproximó á él, y le preguntó si quería seguirle á Zaragoza, donde atendería á sus estudios si la inclinación le guiaba por aquel camino.

Los doradores son generalmente amantes de la pintura (en el mismo Rembrandt tenemos el ejemplo) así que, el padre de Goya consintió en separarse de su hijo Francisco, que poco tiempo después entró como discípulo en el taller de Lujan, donde empezó á estudiar el dibujo.

El carácter de Goya era algún tanto irascible y violento, pendenciero y polemista, y no se tardó mucho tiempo en que el interior del taller de su maestro se asemejase mucho al de Andrés del Sarto, de Mursel.

La vida del joven Goya empezó por una puñalada que le valió en lo sucesivo el respeto y consideración de amigos y adversarios, y su carrera de artista terminó por un tremendo bofetón asestado á toda una congregación religiosa, que juró su pérdida.

Apasionado hasta la exageración y pronto siempre á mantener sus ideas hasta la efusión de sangre, se vió mezclado un día en un triste suceso, que pudo acar-

rearle funestas consecuencias. Divididas en bandos algunas cofradías, disputaban la presidencia en una función religiosa los partidarios de Nuestra Señora de San Luis á los de la Virgen del Pilar. El joven Goya, que pertenecía á estos últimos, se lanzó espada en mano en medio de la refriega, repartiendo estocadas y mandobles á su placer, y de sus resultas hubo tres muertos y varios heridos. La inquisición tomó cartas en el juego, y todos los contendientes en general, pero en particular Francisco Goya, se vieron amenazados y en grave peligro.

El dorador amaba mucho á su hijo, y para evitar mayores males, reunió unos cien duros, y lo envió á Madrid, donde al poco tiempo consiguió entrar en los talleres de Mengs y de Francisco Bayen, que eran entonces pintores de cámara; pero aunque al lado de estos maestros, Goya trabajó á su manera, siguiendo únicamente las inspiraciones de su genio, entremezclando á sus estudios serios la reproducción de las más galantes aventuras de la corte, de las escenas populares más caracterizadas, de los retratos de la gente de rompe y rasga de los barrios de Maravillas y Lavapiés; hasta que un día, por no sabemos qué disputa ó pendencia mantenida con unos manolos, recibió una puñalada que puso en peligro su vida.

Su padre, viendo que Francisco no se corregía, y que su carácter pendenciero no se dulcificaba en lo más mínimo, á pesar de las lecciones de la experiencia, le aconsejó que hiciese un viaje á Italia. Semillante proposición fué acogida con entusiasmo: para Goya, la Italia era la patria de Corregio, de Miguel Angel y Rafael, de Pablo el Veronés y de Ticiano; es decir, de todos los dioses y semidioses de la pintura.

Las obras del tiempo que Goya permaneció en Italia son muy escasas, ó por lo menos poco conocidas en España, porque la mayor parte fueron compradas por extranjeros, y particularmente por un embajador de Rusia, que hizo varios esfuerzos por llevarse al joven pintor á la corte de Catalina, donde le ofrecía una plaza de pintor de cámara. En Roma se hizo íntimo amigo del famoso pintor David, que llegó á profesarle el cariño de padre.

Para probar una vez más la fuerza de voluntad, el arrojo y la audacia de aquella alma enérgica y bien templada, basta referir un hecho de aquella época; visitando un día la media naranja de la iglesia de San Luis, con objeto de admirar los frescos, subió Goya por una de las cornisas exteriores, cuando vió que, en lo más elevado de la cúpula, unos ingleses, como muestra de audacia y de valor, habían grabado su nombre con un punzón en la más elevada de las pizarras. El orgullo español se despertó en el pecho de Goya, y con inminente peligro de su vida, trepando como un gato por aquel resbaladizo terreno, se encaramó hasta la cruz que servía de punto de apoyo á la veleta, y en ella grabó á su vez su nombre con mano segura y firme, diciendo: *Jamás se dirá que un inglés pudo rayar más alto que un español*.

Su salida de Roma fué motivada por un escándalo á que dieron lugar sus relaciones amorosas con una novicia de uno de los conventos de la capital, en el cual, después de escalar una noche las paredes del jardín, permaneció escondido veinticuatro horas, y al fin fué preso. El escándalo que este suceso produjo en la capital del mundo cristiano obligó al embajador de España á reclamar diplomáticamente al joven Goya, á lo que indudablemente debió su salvación, mandándole inmediatamente venir á Madrid, donde le esperaba su padre.

Es precisamente de esta época cuando data la verdadera personalidad de Goya; el pintor nacional se eleva á gran altura, y hace revivir bajo la punta de su buril ó de su pincel las escenas de la vida española, fijando para siempre el recuerdo vivo é imperecedero de la España pintoresca. Escenas de costumbres llenas de animación y de verdad, manolas y toreros, boleros y jaleadores, frailes y arrieros, verduleras é inquisidores... Nada de aquello existe ya; pero se conserva vivo el recuerdo, y ha quedado impreso en lienzos y colores con una sorprendente personalidad.

En Goya encontramos tres hombres: el pintor de los frescos y el pintor de historia; el retratista y el *agua-fortista*, y á la verdad que no se sabe cuál de ellos merece mayor admiración. Más conocido, sin embargo, es el *agua-fortista*; sus obras corren de mano en mano, se multiplican, atraviesan las fronteras y vuelven á multiplicarse.

El gran pintor se revela en los frescos, y sin tratar de dar aquí una nomenclatura y un catálogo parecido

al que Matheron, el más concienzudo de sus biógrafos ha tratado de reunir, podemos citar como magníficas obras maestras la cúpula de San Antonio de la Florida, el claustro de la catedral de Toledo, la cúpula de la capilla de la Virgen del Pilar, en Zaragoza, y finalmente, los techos del palacio de Buenavista y la alameda del duque de Osuna, donde se encierran aún preciosidades debidas al talento del ilustre artista.

Temo estenderme demasiado, y sin embargo, es preciso que me detenga un poco ante los frescos de la Florida, verdadera maravilla del arte como colorista; según la opinion de los más reputados maestros, no ha habido nadie que pueda ni aun imitarle. Como ingenio, fantasía y talento en el dibujo y armonía, es la de la Florida una de sus obras más características.

El Goya retratista disfruta igualmente de una inmensa y bien merecida reputacion. Los retratos históricos del imitador de Velazquez son numerosos, y casi todos se hallan reunidos en el real Museo de pinturas, ó conservados en algunas casas particulares, donde se puede juzgar de la facilidad de ejecucion en esos bellos lienzos, que podrán envejecer á causa del traje algún tanto ridículo de la época en que adquirieron vida, pero que permanecerán, siempre jóvenes, gracias á la fresca del colorido. El mayor mérito de Goya como retratista, y el que todos los pintores admiran en él más, es el sacrificio que sabia hacer en provecho de su modelo, de esos mil detalles que la luz no tiene jamás en cuenta, y que en una penumbra no se marcan sino por reflejos.

El artista clavaba su penetrante mirada en su modelo, y pintaba lo que se veía, no lo que era en realidad; así que en pintura, en esta clase de obras, llega á ese grado de impersonalidad que muy pocos pueden imitar; inmensa cualidad que se encuentra, sin embargo, elevada al más alto grado en el maravilloso *Esopo* de Velazquez, en el cuadro de las *Meninas*, y en el magnífico *Meuippe*, preciosas joyas cuyo valor es inapreciable, problema resuelto de la fusion de la línea y de la luz, del ambiente y de los contornos, al cual llegaron únicamente los venecianos y florentinos en la época del renacimiento. Goya fué pintor de cámara de cuatro monarcas: Carlos III, Carlos IV, Fernando VII y el rey José.

El *agua-fortista* ha dejado un gran número de láminas; sus *caprichos* son célebres en toda Europa. De aquella época datan también las treinta y tres láminas, tituladas *La Tauromaquia*, en que el artista reprodujo con maravillosa exactitud todos los lances y peripecias de nuestras corridas de toros. Goya era íntimo amigo de todos los diestros chulillos, y además tenía un profundo conocimiento del arte del toreo. Sin embargo, *Los desastres de la guerra* (80 láminas) son su obra maestra en este género, pues es imposible elevar á más alto grado la vida, la animacion y la ciencia del dibujo.

El número de dibujos y croquis del famoso artista es enorme, así como incalculable el de sus cuadros de género.

No seguiremos á Goya en su larga existencia, porque es imposible, á menos que empleáramos un volumen consagrado exclusivamente á referir todas las peripecias de su vida de artista; bástenos decir para terminar, que, pintor de cámara de cuatro reyes, colmado de honores y de gloria, y no queriendo dar á su patria el espectáculo de su decrepitud, acabó su carrera en Burdeos, donde falleció el año 1828, manteniendo aun su mano temblorosa el pincel que le habia servido para inmortalizarse.

J. BELZA.

LA ABNEGACION.

Era de noche; el cielo estaba sereno, y el mar en calma: la goleta *Tres Hermanas* partía de las Sechelles, en las Indias orientales, bogando en direccion de la isla de Francia.

Habia veintiocho personas á bordo, y todo parecia prometerles una travesía feliz: el aire estaba perfeccionado y puro; el canto de los marineros se unia dulcemente al mugido de las olas, y el capitán *Hodoul*, sentado tranquilamente al lado de la señora *Malfit*, una de las viajeras, departía sosegadamente acerca de su comun país natal.

De repente, á algunos pasos de ellos se sintieron gritos de terror, y se vió aparecer en el fondo de la cámara una llama brillante. El fuego, por una imprudencia inexplicable, acababa de declararse en la goleta, y el incendio se propagaba con aterradora rapidez.

Todo lo que la energía humana tiene de más activo, y más poderoso, se puso por obra en minutos, para combatir tan asustadora desgracia. ¡Inútiles esfuerzos! Acababa de levantarse viento, el horizonte se oscurecía, y el terrible elemento, favorecido por el vendaval, se estendía vencedor. La llama se eleva, engrosa, serpentea, se desliza, arrolla cuanto se le presenta, y pronto un círculo magnífico rodea la embarcacion, que en un minuto arde, se sumerge, deja de existir.

Esto sucedió en abril de 1819, en uno de los días variables de primavera. Sólo se salvó del terrible incendio una pequeña canoa, que habia ofrecido el último medio de salvacion á la tripulacion de las *Tres Hermanas*. Los pasajeros se habian precipitado en ella en desorden confusamente amontonados; pero ¡nueva desesperacion! Al querer regularizar la colocacion, se apercibieron que en la embarcacion, muy pequeña para contenerlos á todos, no habia sitio suficiente para que el piloto pudiera maniobrar y evitar el naufragio, si se levantaba la menor tempestad; y ya en aquel momento las olas mugían ensoberbecidas, y se percibían los truenos precursores de la tormenta.

En efecto; la barca, llena de modo que ningún brazo la podia dirigir, se hundiria de un momento á otro. El capitán y sus marineros deliberaron rápidamente sobre el partido que se debía tomar. Resolvieron que eran indispensables algunas víctimas para la salvacion general: era necesario desembarazar la embarcacion de algunos individuos; era preciso sacrificar dos para empezar; despues se veria si eran necesarios más. ¿Pero quién sacrificarían? ¿A quién elegir? La señora de *Malfit* tenía dos esclavos negros, que la prodigaban los más esmerados cuidados en aquel momento, en que la pobre señora, estendida casi sin sentidos en el fondo de la canoa, tendía los brazos á su hijo, al que una nodriza daba de mamar cerca de ella. Las miradas del capitán y de los marineros se fijaron en los negros: la eleccion de las víctimas estaba hecha.

¿Pero cómo arrojar impunemente al mar los dos vigorosos hijos del Senegal, de los que los cuerpos pesados y la fuerza atlética opondrían una vigorosa resistencia á la voluntad homicida? Era indudable que se defenderían, y una lucha semejante, en medio de una embarcacion débil, que al menor movimiento podia sumergirse, no tardaría en hundir á todos en los abismos de que se querían salvar. La tempestad redoblabá su violencia entre tanto; era necesario no perder los momentos; se tomó un nuevo partido. El capitán *Hodoul*, helado de horror, se cubrió el rostro con las manos al pronunciar la decisiva; las mujeres y el niño serían arrojadas al mar.

Uno de los negros habia oido la sentencia; dió un golpe en la espalda de su compañero, y cambió en voz baja con él algunas palabras enérgicas y breves; despues se dirigió á la señora de *Malfit*.

—Él y yo, dijo señalando á su compañero, cubriremos la plaza. ¡Ama, nosotros nos veremos en la patria! y volviéndose hácia el capitán, le dijo en tono solemne: —¡Juramos salvar al ama! y en seguida nosotros nos tiraremos al mar!

—¡Os lo juro! respondió el capitán enternecido, os lo juro á la faz de Dios! ..

—¡No! interrumpió la señora de *Malfit*, á quien estas palabras acababan de iluminar; yo no acepto ese acto admirable de abnegacion! Mis negros son jóvenes y valientes; su fuerza puede ser útil á todos. Pero yo!... ¡Soy inútil!... Soy yo quien debe morir. Soy viuda... puedo ofrecerme... estoy pronta; ¡un momento para rezar una oracion!... pero que se salve mi hijo; adoptadlo por vuestro, capitán.

La pobre madre, con el rostro inundado de lágrimas, arrancó su hijo del pecho de la nodriza, levantándolo en sus brazos; y á la luz de los relámpagos, se la veía presentándolo al capitán. ¡Ah! ¡Pasajeros y marineros adoptaron todos á una voz el hijo de la viuda!...

—¡Pobre pequeñito! Nosotros queremos abrazarte, gritaron con trasporte los dos negros, uniendo sus rostros oscuros á la blanca figura del niño. ¡Adios, amito hasta el cielo. Y con sus fuertes brazos levantados, señalaban al niño el firmamento.

E inmediatamente se arrojaron al mar y se los vió, á la luz repetida de los relámpagos, hundirse y desaparecer.

¡Prodigio inesperado! No fueron necesarias más víctimas; tan sublime generosidad desarmó la cólera celeste.

El viento cesó; poco despues la tempestad.

La embarcacion llegó á puerto de salvacion.

S. R. LOPEZ.

CANTARES.

Una quimera es la gloria,
pero es tan dulce alcanzarla,
que solo al pensar en ella
el corazón se dilata.

Las ilusiones son humo
y un desengaño el deseo,
más por donde el humo pasa
siempre deja un rastro negro.

Como el naturalista
en plantas raras,
ignoradas virtudes
busco en las almas:
Como él en ellas,
desdeñando las formas
amo la esencia.

FRANCISCA C. DEL RIEGO PICA.

MARINA.

RECUERDOS DE LA VIDA DE ARTISTA EN ROMA.

(Conclusion.)

Yo no he desmayado por esto y me he puesto en marcha para Olevano. He hecho seis ó siete leguas á través de las redondeadas cimas del Apennino, cuyos castaños y encinas conservan aun todas sus hojas bruñidas por los primeros rios. El sol es por todas partes de color de ocre y de tierra de Siena. Yo caminaba por un verdadero desierto. El paisaje es admirable por las líneas y el color. Es un cuadro de Poussin. Despues he atravesado una de esas aldeas de las montañas del género de la Cervara, y que se componen de casas ruinosas que se desploman sentadas sobre rocas, que se deshacen y se hunden. Todo cae y desaparece. No hay nada igual á la desnudez de estos tristes lugares. Si quieres refrescar, no encuentras nada; si pides pan por aquí, se come únicamente *polenta*; apetece vino, las viñas están cultivadas; hasta no tienen agua, porque como esta no es la hora en que van á buscarla al valle, está consumida la provision del día. En la pelada roca no se encuentra ni un árbol, ni una espiga; ni un tallo de yerba. Esta era Rocca San-Stéfano. ¿Cómo los habitantes de estas casuchas ruinosas no las abandonan poco á poco para hacerse construir otras moradas allá abajo en los fondos fértiles, á las orillas de los arroyos, cerca de las sombrías enramadas, ahora que no tienen que temer los pillajes de los nobles romanos ni de los sarracenos? No se comprende, á menos que no se tenga en consideracion que su resignacion es grande y su inercia estremada. Al ver esto, quaquilera diría que una maldicion de lo alto pesa sobre este bello país. Por fin, en Olevano he encontrado á Walther y á Marina; ella se ha alegrado mucho de volverme á ver; él al principio se ha mostrado brusco y casi feroz; pero despues ha endulzado el gesto y se ha presentado bueno como siempre, como tú le has conocido. Me ha hablado de su situacion; está decidido á casarse; pero, ahora, que ya es demasiado tarde, le asaltan á su memoria todas nuestras objeciones y todas nuestras desconfianzas. ¿Habrá sido engañado? Esa vida anterior de su amiga que él defendía con tanto calor cuando nosotros le manifestábamos una sospecha, hoy se la imagina por momentos llena de faltas y de desórdenes. Walther no se atreve á volver á Roma; teme el ridículo unido al que inspira su pasion, y teme mas todavía, las infidelidades de la que quiere, á pesar de todo, hacer su compañera. El es muy desgraciado, y no obstante se niega aun á ocultar sus inquietudes, sus sospechas, sus celos sin objeto. Su union es triste, imperfecta, aun no es tempestuosa; pero lo será, y entonces el pobre modelo sentirá, como la estatua de Pígalion, haber dejado su pedestal.

PALESTRINA 14 Noviembre.

.....Acaban de dejarme. ¿Qué va á ser de ellos? Walther parece haber perdido por completo el gusto por su arte. Apenas ha trabajado desde tu partida. De palabra compone y dibuja todavía obras que, ejecutadas, harían su nombre célebre; pero ¡la ejecucion!... Walther no ha podido enseñarme mas que el bosque-

EL BAILE DE MÁSCARAS EN LA GRANDE ÓPERA DE PARIS.



MEDIA NOCHE.—Aspecto del boulevard de Italianos.



A LAS TRES.—Las intrigas del salon de descanso.



A LA UNA DE LA MAÑANA — Cuadrilla de las celebridades



A LAS CUATRO.—La galop infernal.



A LAS DOS.—Llegada de las grandes máscaras.



A LAS CINCO.—La salida.

jo de un cuadro que me ha causado profunda impresion, y por lo que he apercibido, me parece que á Marina se la ha producido muy penosa. Es una Magdalena que no recuerda en nada la de Corregio, esa jóven de túnica azul que, tendida á la sombra de poética enramada, lee feliz y descuidada, iluminada por los reflejos de un sol brillante. El ha comprendido el objeto con mas profundidad, pues ha elegido el instante en que el primer remordimiento se apodera de la bella pecadora. Esta acaba de llegar de una fiesta que se ha prolongado hasta la madrugada, y ha caido rendida sobre los ricos cogines en una habitacion adornada con todo el lujo de la época. El alba pálida pinta en sus descoloridas mejillas las huellas de las fatigas de la noche, y á su vago reflejo se nota que la locura de la danza ha hollado tambien su traje. Una de las palabras del profeta que va por la Judea predicando la buena nueva y el arrepentimiento de los pecados le ha herido su espíritu; ella piensa en sus extravíos, se espanta y los llora amargamente. Con la boca temblorosa, la mirada fija y las manos crispadas se arranca sus collares y sus brazaletes, cuyas perlas se desgranaban sobre el tapiz. Una esclava de un tipo sensual que se admira de este vivo dolor, acaba de depositar á los piés de su señora una calavera, símbolo de la separacion de las alegrías del mundo y de la nada de la vida terrenal. Esta manera de entender el asunto me ha parecido nueva y de una alta significacion moral. Yo no creo que ningun pintor antiguo ó moderno lo haya comprendido así. Sin embargo, como Walther se ha inspirado en las facciones de su amiga, esta cree que aquel ha querido hacer alguna alusion á su pasada vida, y ella sufre en silencio. ¿Ha sido en efecto, ese su pensamiento? Lo ignoro. En todo caso, hé aquí ya una nube negra que atraviesa su bello cielo y á mis ojos oscurece todo su porvenir.

Cuando me he despedido de ellos, le he dicho á Marina:—Hasta mas ver;—pero ella me ha interrumpido.—No es esa la palabra que debemos emplear, replicó con voz grave y triste.—Yo siento que los antiguos dioses me llaman; es preciso volver á ellos.—Walther, por el contrario, no ha sentido mi partida: parecia que le consolaba la idea de nuestra próxima separacion. Aunque el afecto que me tiene sea sincero, su carácter se ha vuelto tan sombrío, que mi presencia le era molesta. La mirada de un amigo le embaraza, busca la soledad, y no encuentra en ninguna parte el reposo.....

Las cartas que recibí entonces no dicen nada mas referente á Walther y á Marina. Lo poco que yo he podido saber despues respecto de la suerte de ambos lo he adquirido por un artista recién venido de Roma.

Como nos lo habíamos temido, ellos no fueron felices: tuvieron que atravesar todas las amargas crisis de las uniones mal convenidas. Para rahabilitar definitivamente á la pobre Marina, habria sido preciso mostrarle una confianza absoluta; sostenerla con mano firme y cultivar y esclarecer mas sus nobles instintos. Walther no se quiso tomar este trabajo, y amándola mucho la hizo sufrir cruelmente. El paganismo hacia los corazones altivos, pero duros y poco sensibles; el cristianismo, religion de amor, ha hecho las almas mas tiernas al dolor; pero si, por el infinito que les deja entrever y por las sublimes esperanzas con que les anima, les ha preparado mas grandes pruebas, en cambio les ofrece para soportarlas mas puras luces y mas eficaces ausilios. Desgraciadamente Marina no era de su tiempo mas que por el corazon; en el fondo el arte habia sido su solo culto, y este culto, que podia bastar en la época de las Safos y de las Corinas, la dejó desarmada contra esas tristezas y esos desfallecimientos desconocidos de los antiguos, pero familiares hoy á aquellos cuyo destino desmaya á fuerza de esperar tanto. Su puro gusto, sus grandezas de romana, su ingénuo orgullo, todas las cualidades que la distinguian de sus semejantes, debian ser para ella causas de disgustos y de sufrimientos. A fin de soportarlos, ella habia de haber pedido fuerzas á un manantial mas alto; hija de la naturaleza, la bella pagana no se habia elevado tanto, y no encontró nadie á su lado para hacerla subir hasta allí.... Marina debia sucumbir en la lucha, porque no habia entre nosotros lugar para ella. Así que, como lo habia dicho, en su melancólico adios, ella fue á reunirse al brillante coro de las divinidades antiguas.

GARMELO CALVO Y RODRIGUEZ.

¡LA FLOR DE MI ESPERANZA!

Como la luz temprana del claro y bello dia, que, entre celajes densos, espléndida se lanza do quiera disipando veloz la noche umbria... así nació, anhelosa, radiante de alegría,
¡la flor de mi esperanza!

Como la luz escasa que marcha al Occidente, llevando á otro hemisferio placer y bienandanza, y deja entre tinieblas al escondido Oriente... así murió, marchita, y exánime, y doliente,
¡la flor de mi esperanza!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

SAINT-OMER.

Saint-Omer, una de las cabezas de partido del departamento del *Pas-de-Calais*, encierra una poblacion de más de 23.000 habitantes, y pasa, con justísima razon, como una de las más hermosas villas del Norte de la Francia.

Saint-Omer se llamaba en otro tiempo *Sithieu*, cuando San Adamaro ú Omer, nombrado obispo de Thérouanne por Dagoberto, emprendió la obra de edificar la iglesia de Nuestra Señora, hoy dia catedral, y en la cual se halla enterrado aquel hombre ilustre.

La poblacion, tal como la presentamos en nuestro grabado de cabecera, es decir, vista desde el camino que descende del campo de maniobras, tiene una de las fisonomías más pintorescas. Las murallas y los bastiones, en toda su altura, las torres, las flechas, el cuerpo entero de las iglesias, la cúpula ó media naranja del *Hotel de Ville*, esa aglomeracion, en fin, de edificios y de casas que cubren la cima y la vertiente meridional de la colina, sobre la cual se eleva Saint-Omer, todo forma un conjunto que llama naturalmente la atencion del observador.

Si este magnífico cuadro se contempla desde la cima de la montaña Bruyeres, la perspectiva es grandiosa: la villa parece encajada en un inmenso semicírculo de verdura, formado por los huertos y jardines que se extienden de Noroeste á Sudeste, y que corona una cadena de colinas sembradas de bosques y pueblecillos. El paisaje se halla dominado: á la izquierda, por el monte de Walten y la antigua torre del mismo nombre; á la derecha, por una colina sobre la cual se extiende el bosque de Clair-Marais; en la parte posterior del plano, por el monte Cassel; y en la parte baja, adelantando en línea recta, se descubre el precioso pueblecillo de Arques, con su elegante y gracioso campanario, las calles de Aire y de Cassel. Las extensas calles de árboles que adornan las márgenes del canal, entre este pueblo y Saint-Omer, contribuyen á completar el encanto de tan magnífico cuadro.

Saint-Omer posee en su recinto un colegio ó direccion de artillería y otra de ingenieros; una catedral, que es una maravilla de arquitectura gótica; las ruinas de la famosa abadía de San Bertin, y un arsenal, que encierra dos de las más bellas salas de armas de Francia.

Los habitantes de Saint-Omer son muy aficionados á fiestas, y se hacen un deber en desplegar en ellas el mayor lujo y esplendor á la vista de los extranjeros, que siempre son recibidos y obsequiados con el más cordial entusiasmo. Este año acaban de reproducir, con la pompa de los tiempos feudales, la entrada de Guillermo Cliton, décimo cuarto conde de Flandes, en 1127. La fiesta ha durado tres dias, componiéndose de una marcha solemne, de una ceremonia en la Plaza Mayor, pasos de armas, torneos, etc. etc., y todo esto precedido de unas magníficas carreras de caballos, en que se han atravesado grandes apuestas. Las armas de Saint-Omer, cuya etimología se remonta al sétimo siglo, son: una *doble cruz de plata en campo de gules*.

UN EPISODIO DEL DILUVIO,

POR GUSTAVO DORÉ.

El nombre de Gustavo Doré, como dibujante, ha atravesado hace ya tiempo los confines de Francia, y tomado carta de naturaleza en Europa. Todos los géneros le son igualmente familiares, y en este mismo número encontrarán nuestros lectores la prueba, com-

parando las caprichosas fantasías del baile de la Grande Opera en Paris, con el correcto y filosófico dibujo que acompaña á estos renglones.

Entre la inmensidad de obras ilustradas por Gustavo Doré, las que más descuellan por su mérito artístico son *Les contes drolatiques*, de Balzac; *El infierno*, del Dante; *Los cuentos*, de Perrault; *La leyenda del Judío Errante*, y el *Quijote*. Ultimamente ha ilustrado tambien una *Biblia*, cuyo lujo tipográfico escede á toda ponderacion, y en la cual editores, dibujantes, grabadores y cajistas, han rivalizado en talento.

Esta *Biblia* contiene doscientos veintiocho dibujos de Gustavo Doré, que forman un verdadero museo religioso. Uno de esos dibujos es el *Episodio del diluvio* que damos á conocer, y que estamos seguros llamará la atencion de nuestros lectores por lo grandioso del asunto, y la belleza de la ejecucion.

A UNA CARETA.

Pedazo de carton que me estremeces,
blason de Satanás, cuya ironía
inmóvil luce en tu sonrisa fria...
¡Qué horrible, qué espantosa me pareces!
¡Pasó ya el Carnaval, y aún permaneces
con tu expresion siniestra de alegría,
en medio de la humana algarabía
de lágrimas, de risas y de preces!
¿Qué esperas olvidada y silenciosa?
¿Qué grito va á lanzar tu boca inerte?
¿Dó fijas tu mirada pavorosa?
Cállate; adios: no quiero comprenderte;
¡no! no me digas con tu voz odiosa:
«¡La vida es la careta de la muerte!»

J. M. MARIN.

HISTORIA DE UN MONO, CONTADA POR ÉL MISMO.

Del libro inédito **SUEÑOS Y REALIDADES,**

POR E. FERNANDEZ ITURRALDE.

I.

—¿Se puede entrar?

El que así hablaba era Manuel, uno de mis más queridos amigos. Debo advertir que Manuel se habia detenido á la entrada de un lindo cenador, situado en el centro del pequeño jardin de una casa de la calzada de San Sebastian de Manila.

Al oír la voz de Manuel me incorporé en la hamaca, en que me hallaba reclinado, y le hice con la mano seña de que entrase.

—¿Qué haces aquí *solitario e pensoso*, como dicen en *La Sonámbula*?

—¿Qué quieres que haga? aburrirme á mis anchas. Decididamente tu bella Manila no se ha hecho para mí: aquí solo se goza en bañarse, y como no ha de pasar uno las veinticuatro horas del dia dentro del agua, resulta que las que no se convierte uno en anfibio, tiene que consagrarlas al aburrimiento.

—¡Bah! no exajeres.

—No exajero. ¡Ay! Madrid. ¿Quién se viera en la Castellana en las hermosas tardes de invierno, cuando tantas mujeres hermosas circulan por la estensa avenida en lujosos trenes, ó cruzan por la prolongada alameda luciendo á pié sus lindos rostros y sus elegantes trajes: quién se viera en el teatro Real, tan confortable y aristocrático, oyendo la potente y melodiosa voz y el puro estilo de Fraschini, admirando el génio y la maestría de Mario, escuchando á ese ruiseñor con faldas, que se llama Adelina Patti, ó á esa consumada artista que lleva por nombre Rossina Penco: quién pudiera pasear por la Carrera de San Gerónimo para ver las muchachas que van de tiendas, y tomar pasteles en el Suizo ó en casa de Lhardy, y leer los periódicos en el Casino ó el Ateneo, y tantas cosas más que callo?

—Ya; si te metes en esa hamaca y te encierras á piedra y lodo, naturalmente habrás de aburrirte; pero no reniegues de Manila, ni le atribuyas culpas que solo son tuyas. Si en Madrid te encierras en tu cuarto y te pones á leer una novela tonta é insulsa, tambien te verás acometido del fastidio más grande. En Manila no faltan diversiones. Esta misma tarde, en vez de estar ahí hecho un bajá de tres colas, vistete, vente conmi-go á la Calzada y encontrarás mujeres hermosas, tre-

nes lujosos, vida, animacion, y se disipará tu aburrimiento, y no echarás de menos la Castellana. Anda, no seas perezoso.

Por complacer á Manuel, salté de la hamaca; nos dirigimos á la casa y me apresuré á llamar á *Tasio*, (abreviatura familiar de Anastasio) mi ayuda de cámara, para que me ayudase á vestir.

—Es inútil mandes enganchar la carretela, pues la mia está á la puerta y te traeré á la vuelta.

En un cuarto de hora estuve presentable: mi vestido, como el de mi amigo, era fresco y sencillo; pantalón y chaleco blancos de hilo, levisac de alpaca oscura y sombrero de paja de alas estrechas.

Salimos y nos colocamos en la carretela: esta era ligera y de elegante forma, construida en los Estados-Unidos; formaban el tronco dos caballos filipinos de corta alzada, pero de genio vivo, preciosa estampa y pelo alazan tostado; iba á la Daumont, segun la costumbre del país.

Pronto llegamos á la Calzada.

Segun me habia anunciado Manuel, habia bastante concurrencia y no faltaban trenes de lujo y buen gusto ni mujeres verdaderamente hermosas.

—¿Qué te haces esta noche? me preguntó Manuel.

—No tengo proyecto alguno.

—Pues entonces te decomiso. Iremos á casa del cónsul austriaco y espero pases allí una noche agradable.

—Pero ¿vas á llevarme sin más ni más, sin anunciarme previamente, como las leyes del buen tono exigen?

—No te apures, criatura, que todo se andará. A propósito, allí veo el coche del cónsul. Para, Agustín.

La carretela se detuvo y Manuel saltó de ella.

—Voy á anunciarte ya que eres tan etiquetero. Despacho en cinco minutos.

Efectivamente, Manuel se aproximó á una elegante carretela en que iba una señora como de treinta y cinco años, que debia haber sido muy hermosa y que aun tenia buen ver, un caballero como de cincuenta del tipo aleman más marcado, y una niña de siete á ocho, rubia y preciosa como un querubín.

La carretela se detuvo al llegar Manuel cerca de ella.

Despues de los saludos de ordenanza, Manuel sin duda pidió permiso de presentarme, pues el cónsul y su señora dirigieron sin afectacion la vista hácia donde me hallaba, como para formar idea de la persona que les iba á ser presentada.

A los pocos minutos mi amigo se hallaba de vuelta, y tomaba de nuevo asiento á mi lado.

—Tienes buena suerte. Esta noche irá también á tomar el té á casa del baron, pues has de saber que nuestro cónsul es baron de Liebeufeld, un príncipe italiano, que acaba de llegar de China y que es un tipo raro, mejor dicho, completamente perdido ya, como que además de ser el último astrólogo y alquimista, y conocer á fondo la magia blanca, negra y de todos colores, es un distinguido magnetizador, un famoso espiritista, un *medium*, como creo se llaman esos señores. Se ha tramado una conspiracion en la tertulia del cónsul al saber que el italiano iba á ser llevado á ella y se ha convenido que el que le presente, que sin duda será el cónsul de Cerdeña, ponga en duda su poder sobrenatural para que el príncipe nos haga alguna de sus habilidades.

—Una pregunta. ¿En qué idioma se habla en casa del cónsul?

—En italiano, pues madama de Liebeufeld es de una antigua familia patricia de Venecia.

—Esto me tranquiliza: habia temido se hablase en aleman.

Seguimos paseando otro rato por la Calzada, disfrutando del ligero fresco que proporcionaba la brisa del mar. Despues hicimos una ó dos visitas de confianza, y allá á eso de las diez entramos en casa del cónsul.

II.

La baronesa de Liebeufeld recibia en la *caida*, ancha estensa galería, que por un lado se abria sobre una azotea, circundada por grandes macetas en que florecian granados y limoneros. La sencillez más completa reinaba en el adorno de aquella habitacion: cómodos frescos canapés, sillones y columpios de bejico; una larga mesa de *narra*, cubierta de bandejas con diferentes clases de *broas* ó bizcochos, y de bonitas tazas de porcelana; hé aquí todo el mobiliario de la *caida*. Pero el pavimento de maderas del país brillaba

como un espejo, y en la disposicion y arreglo de la mesa y de los muebles habia un buen gusto y una elegancia inesplicables.

La habitacion se hallaba iluminada por la clara luz de los *globos* que pendian del techo, y además la luna penetraba por los anchos balcones que daban á la azotea, al par que el fresco de la brisa y el suave olor de las flores.

Cuando llegamos, la baronesa y cuatro ó cinco caballeros se hallaban ya en la *caida*. El cónsul estaba en su escritorio despachando algunos asuntos urgentes, y la alegría de la casa, la linda niña que habia visto en la Calzada, correteaba por la *caida* y la azotea.

Madama de Liebeufeld me recibió con la mayor amabilidad, y era su trato tan franco y afectuoso, que á los pocos momentos me sentí libre de esa tension que causa siempre el encontrarse entre personas que uno vé por primera vez. Además la pequeña Ellen se habia hecho desde el primer momento amiga mia y me enseñaba sus juguetes, y colocada sobre mis rodillas me contaba sus juegos y sus inocentes travesuras.

No tardó mucho en aparecer el baron, y á los pocos momentos fué anunciado el nuevo Cagliostro, el príncipe de Villabianca. Al oír su nombre, la curiosidad se apoderó de todos y fijamos nuestra atencion en la puerta.

Primero entró el cónsul de Cerdeña y detrás de él apareció el príncipe. Vestia como nosotros, pantalon y chaleco blanco, solo que en vez de levisac llevaba un elegante frac de alpaca negra y en lugar del sombrero de paja, *clak* cerrado. Entró y saludó con la mayor naturalidad, dando á conocer que estaba acostumbrado al trato más aristocrático.

Su figura era bella y distinguida, pero sin tener nada de héroe de novela ni de figurin de modas. Era pálido, con magníficos ojos negros de penetrante é imperiosa mirada, con el pelo y el bigote castaño oscuro, la frente despejada, la nariz aguileña, los labios finos, el rostro algo prolongado: su estatura era más bien baja que alta y sus movimientos armoniosos y elegantes. Al hablar su voz impresionaba, al mirar sus ojos penetraban en el alma y parecian leer el pensamiento. Y nada más lejos de las maneras y lenguaje de un charlatan, como las palabras y las maneras llenas de finura y naturalidad del príncipe.

Despues de los cumplidos de rigor, la conversacion, interrumpida un momento, volvió á seguir su curso.

La baronesa, al cabo de algunos instantes, dió un golpe en un timbre, un criado apareció, y madama de Liebeufeld pidió el té.

No tardó mucho tiempo en entrar otro criado con una gran bandeja de plata, en que habia una caja de make con varias latas de té de diferentes clases y varios *takuris* de barro encarnado de China para hacer aquella bebida.

El criado colocó la bandeja sobre la mesa y volvió con una cafetera con agua caliente.

La baronesa se acercó á la mesa, echó en cada *takuri* una clase diferente de té, hizo llenarlos de agua hirviendo y los volvió á tapar.

Esta operacion nada tenia de extraño. Lo que me llenaba de asombro era la puntualidad con que el criado cumplia las órdenes de su ama. El lector no comprenderá la causa de mi asombro en aquel momento, pero sin duda se asombrará conmigo, al saber que el tal criado era ni más ni ménos que un orangutan de unos cuatro piés de altura, vestido con un pantalon blanco y una chaqueta abrochada del mismo color. A primera vista, creí que era un negrito de la raza *aeta*, indigena en aquellas islas, pero bien pronto conocí mi error, al ver los signos característicos que diferencian á un mono de un hombre, por degenerada que sea la raza á que éste pertenezca.

El orang-outang, llamado *Fido*, comprendia perfectamente las órdenes de la baronesa, y no solo sus órdenes verbales, sino una mirada, un gesto, y las obedecia al instante con la mayor exactitud. Era extraño el verle echar en los *takuris* el agua caliente, y el mirarle ir y venir de un lado para otro con paso lento y grave, sin darsaltos ni hacer cabriolas.

Aquel mono tenia más dignidad y decoro que muchos hombres; era un mono de buena educacion. Una vez que á la baronesa se le cayó el abanico, se apresuró *Fido* á cogerlo y entregárselo, más con el aire de un caballero que no con el de un sirviente.

Lo confieso; aquel extraño criado escitó más mi curiosidad que el príncipe de Villabianca. Verdad es que de este se me habia hablado mucho y se me habian

dicho cosas sobrenaturales, extraordinarias, y le encontraba un hombre de buen trato, pero un hombre como los demás; de *Fido*, por el contrario, nada se me habia dicho; así es que todo lo que á él se referia, me impresionaba fuertemente.

La pequeña Ellen se hallaba sentada en mis rodillas.

Noté que los ojos de *Fido* se dirigian con frecuencia hácia mí, y creí ver en su rostro de orang-outang una expresion de disgusto, de ira contenida, de que no era posible darme cuenta. Todo lo que hacia relacion con el orang-outang me llamaba cada vez más la atencion; pero no pude explicarme, por más que hice, el odio con que parecia mirarme, á mí, que le era hasta aquel momento por completo desconocido.

Pero poco despues vi que sus ojos, al fijarse en Ellen, tenian una mirada triste, cariñosa, melancólica; entonces comprendí el disgusto con que me habia mirado: es que habia visto á Ellen rodear mi cuello con uno de sus bracitos, y darme uno de esos dulces besos de niña. El pobre *Fido* tenia celos.

La tristeza de su mirada, al fijarse en Ellen, me impresionó. El infeliz orang-outang comprendia, sin duda las distinciones sociales, y que un mono no podia aspirar al amor de una niña, y de una niña de la clase más elevada.

Esto no era un sueño, era una realidad; lo veia yo, lo tenia palpablemente delante de mis ojos, y no podia creer en aquel oculto drama de pasion, cuyos protagonistas eran un mono y una niña de siete años.

La baronesa fué preguntando á cada uno la clase de té que más les gustaba, y sirviéndole en consecuencia. *Fido* llevaba á cada persona la taza que le correspondia, y le presentaba además una bandeja con *broas*. Cuando me llegó la vez, su mano temblaba al alargarme la taza.

III.

Mientras tanto, la conspiracion urdida contra el príncipe de Villabianca habia descubierto sus baterías. El cónsul de Cerdeña, que era el único que conocia antes de aquel momento al *medium*, empezó á hablar de magnetismo y espiritismo, y á burlarse de la credulidad de los que dan fé á tales paparruchas.

El príncipe conoció desde luego el objeto de aquel ataque; pero sin duda se hallaba preparado á él, pues en vez de callarse y dejar pasar sin comentarios aquellos epigramas, contestó á ellos declarando que se habia ocupado á ratos perdidos de ciencias ocultas, y que por sí mismo habia visto hasta dónde llegan el poder magnético y la influencia de los espíritus.

La baronesa á su vez tomó la palabra, y sin resistirse por completo á dar crédito á los fenómenos que la ciencia aun no ha logrado explicar, dijo que no podia tener fé en ellos, por no haberlos presenciado nunca.

Esto era ya un ataque directo. El príncipe lo comprendió así, pero se calló esta vez.

Habiamos acabado de tomar el té, y *Fido* acababa de recoger el servicio.

De pronto Villabianca preguntó á la baronesa:

—¿Es un *aeta* ese criado tan inteligente? He oído hablar de esa raza degenerada y casi estinguida, primera habitadora de estas islas, y desearia ver detenidamente un individuo de ella.

—Ese criado no es *aeta*, es un orang-outang.

—¿Un mono?

—Sí, por cierto. Como que es cuadrumano y no habla.

—¿Está Vd., baronesa, bien segura de que no habla?

—Segurísima: hace cinco años que me sirve.

—Pues para que crea Vd. de una vez en el magnetismo, voy á hacer dormir á su criado y á que hable en el sueño magnético.

—Pero eso es imposible. Pase que un hombre hable y vea dormido; pero ¿un orang-outang!

—Va Vd. á verlo.

—¿Correrá algun peligro *Fido*?

—Ninguno.

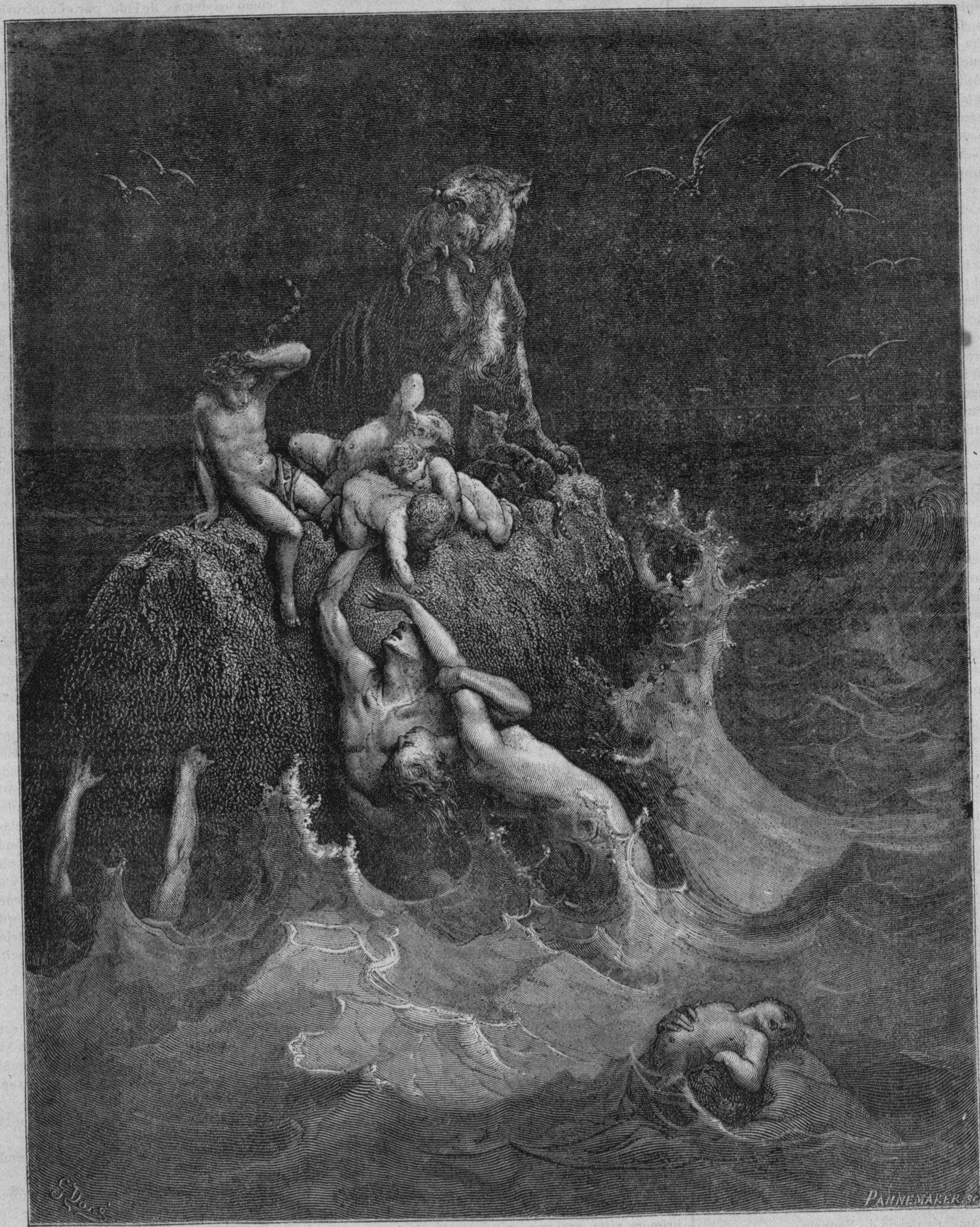
—Pues entonces, haga Vd. lo que guste.

—Antes de pasar adelante, dijo el príncipe, dejemos establecido como base de nuestro razonamiento, que los animales, al menos los de las especies más próximas al hombre, tienen un alma. Si tienen alma, han de tener ideas, y el lenguaje no es más que la expresion de las ideas por medio de sonidos articulados. Los animales no tienen un lenguaje como nosotros, lo tienen entre sí; pero eso no hace al caso.

(Se concluirá.)

Editor responsable, P. A. LAMARTINIERE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



UN EPISODIO DEL DILUVIO.

DIBUJO DE GUSTAVO DORÉ.

ADVERTENCIA.

Varios suscritores y particulares nos preguntan si tenemos Colecciones completas de 1865; les contestamos á todos que, habiendo hecho una nueva tirada de varios números que faltaban, podemos hoy disponer de cuantas Colecciones se nos pidan, las cuales daremos con su lujosa cubierta

para encuadernarlas á 16 rs. á los suscritores ó los que se suscriban por un año; y á 20 rs., á los que no lo sean. Su importe puede hacerse en sellos ó libranzas á favor de esta Administracion.